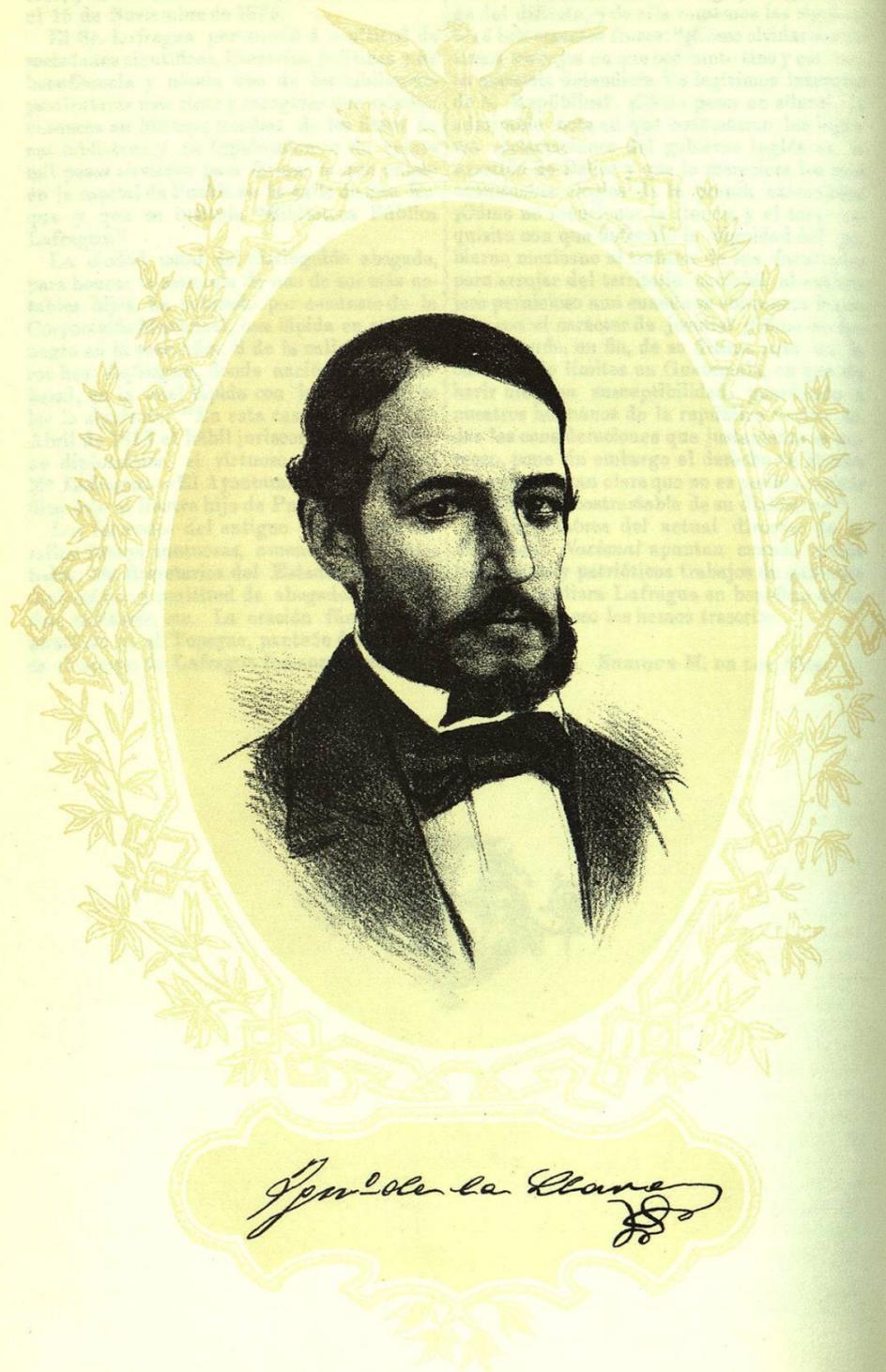


"Liberales Ilustres Mexicanos."



IGNACIO DE LA LLAVE.

1818-1863.

I

ANTES de estudiar á un héroe, antes de presentarlo á los ojos de los contemporáneos ó de la posteridad, es preciso primero indagar cuál fué el medio ambiente en que el héroe se halló, para después deducir de ese medio las causas impulsivas.

La historia, tal como la entienden los pensadores modernos, no es la narración descarnada y fiel de los hechos que acaecieron, ni la constituye tampoco el apuntamiento rigurosamente cronológico de las fechas en que esos mismos sucesos tuvieron lugar. Hoy es otra la misión del historiador. Debe éste tener en cuenta los hechos, sí; pero debe también subordinarlos, debe buscar en el segundo la consecuencia natural del primero; debe remontarse á la fuente principal, para que ella le explique, por modo natural y sencillo, cómo fué que, forzosamente, los acontecimientos, y con ellos los hombres, debieron inclinarse en tal ó cual sentido.

Estas breves reflexiones, necesarias como antecedentes, pues que se trata de Llave, se hacen más necesarias aún si se recuerda la época en que florció el ilustre veracruzano; porque es ya verdad adquirida, que no son los hombres los que producen las épocas, sino aquellos el resultado de éstas.

Cuando á una nación la agobia la tiranía; cuando sobre un pueblo cualquiera pesan todas las extorsiones imaginables; cuando los hombres, olvidando todo lo que han adquirido en materia de libertad y de derecho, descenden hasta el grado de desconocerse á sí propios y de olvidar las enseñanzas del pasado; cuando, en suma, se hace precisa una revolución para reconquistar todo lo que se ha perdido, una revolución que no perdone á nadie, entonces brota el hombre que sintetiza los dolores y todas las aspiraciones.

¿Fué Llave expresión de una época? En otros términos: ¿fué él la resultante de fuerzas que obraban? Su espíritu, su carácter, ¿correspondieron á los años en que le tocó en suerte figurar?

Ya procuraremos responder á tan difícil cuestionario.

II

Cuando por el plan de Jalisco, urgente si se recuerda la mala interpretación que se le dió al sistema federativo, volvió al país D. Antonio López de Santa-Anna, hallábase la República en situación propicia para que fuese un hecho el adelanto.

Un hombre que, verdadero patriota, hubiese sido dictador á la manera de la antigua Roma; esto es, que llegado al poder en virtud de circunstancias necesarísimas, hubiese hecho uso de él con una gran suma de discreción y sólo lo hubiese ejercido por determinado tiempo; un dictador así, que hubiese encaminado todos sus esfuerzos al bien de sus conciudadanos y al engrandecimiento de su patria; un hombre, en suma, en quien no hubiesen predominado las mezquinas ideas de ambición, sino los grandes principios republicanos, habría hecho de México una nación modelo, le habría evitado las guerras intestinas que acaecieron después y, sobre todo, no la hubiera detenido en su marcha hácia el progreso.

Pocos hombres han encontrado al país, como el solitario de Turbaco, tan dispuesto á allanarle las dificultades con que pudiera tropezaar; y, sin embargo, ninguno como él, abusó del mando omnímoto que se le confiara: renegó de sus promesas, pisoteó de la manera más desleal sus juramentos é hizo del país una irrisión viviente.

La adulación, el desprecio á la ley, el ningún respeto á la hacienda pública; el abandono de la enseñanza y aun la simonía y el crimen, es lo que el historiador encontrará como fruto de esos años, faltos todavía de un Tácito que los flagele sin piedad.

Desde la Capital hasta los Estados más lejanos, la Nación entera y sus hombres daban el más triste ejemplo de abyección. Apenas si uno que otro patriota se atrevía á murmurar en voz baja; que los esbirros del poder estaban alerta siempre para acallar cualquier palabra.

Las persecuciones á la prensa, los destierros, las venganzas políticas, estaban á la orden del día, sin que aun se procurara darles la menor justificación. Bastaba el capricho de *Su Alteza*

ó de un prefecto político, para que se cometiesen todo género de atropellos.

En tal estado las cosas y cuando parecían haberse hundido para siempre las nociones de patriotismo y dignidad, surgió la revolución de Ayutla, que venía amparada con el virtuoso nombre de D. Juan Alvarez y que anunciaba una era nueva para la República. En torno de su bandera se congregaron todos los hombres de valor, todas las grandezas, los patriotismos todos, y después de muchos días de lucha y de sangre, la Libertad, al fin, paseó su enseña triunfante.

Hombre de esa época, compañero de aquellos inolvidables reformistas, fué el Lic. D. Ignacio de la Llave, el patricio que diera con su nombre y con sus hechos honor y días de gloria al Estado que lo vio nacer.

III

En Veracruz, sin duda por sus especiales condiciones de riqueza, se hizo sentir con mayor fuerza la administración santa-annista; y sin duda también por sus tradicionales convicciones independientes fué más oprobiosa la tiranía. Orizaba, Jalapa y Veracruz, fueron las ciudades donde el despotismo rayó en lo inconcebible, bien que las tres poblaciones citadas recibieron á título de castigo las estorsiones. En Veracruz se dispuso que fuera día de fiesta la llegada de Santa-Anna; que se cerraran las casas de comercio y los talleres y que se erigiese un arco de triunfo. "A la una de la tarde, dice el Sr. Rivera Cambas, se avistó en Veracruz el paquete inglés, y poco rato después, por las señales que se tenían convenidas, se supo que S. E. se hallaba á bordo; á las tres desembarcó con su familia y al momento acompañado por las autoridades que habían salido á recibirle, se dirigió á la parroquia donde se cantó el Te Deum de costumbre, habiéndolo sido regia la recepción.

"El cañón de la tortaleza de Utúa, contestado por el de la Plaza, anunció que llegaba el general Santa-Anna ya Presidente de la República, y la sensación que aquellos dos tiros produjera sólo puede explicarse por el movimiento de la población, que en el instante acudió á ver la llegada y el recibimiento del hombre en quien estaban fijas las miradas de toda la nación. En el muelle le presentó el gobernador Empáran las llaves de la ciudad, y la tropa formó valla desde aquel punto á la parroquia.

"El Presidente marchaba por el centro acompañado de su esposa y seguido de un gran cortejo entre vivas y aclamaciones que se perdían con el ruido de la música, con el estampido

del cañón y el resonar de las campanas que festejaban la aparición del *general*. Acabado el Te Deum, pasó á Palacio, y desde los balcones vió desfilar los cuerpos de la guarnición; á las cinco de la tarde se entró á los aposentos de su alojamiento. Las felicitaciones tuvieron lugar después de terminada la columna de honor; por la noche fué iluminado el arco de la Plaza con 1,200 luces y el palacio y los edificios públicos, así como muchas casas particulares, y se quemaron fuegos artificiales; el día siguiente, sábado, tuvo lugar una reunión en la que el Presidente quiso oír la opinión de las personas notables sobre los asuntos públicos, y las diversiones y las músicas lo siguieron todo el tiempo que allí estuvo."

Así recibieron los santa-annistas en el puerto á su grande hombre.

En Jalapa, á su vez, no fueron menos pródigas las demostraciones de afecto y admiración. "Al tenerse allí noticia de que había desembarcado, se hizo un repique á vuelo, general en todas las iglesias, la salva de artillería de ordenanza y una comisión del Ayuntamiento pasó al Encero, á felicitar al ilustre emigrado de Turbaco á nombre de la ciudad, llevando á su cabeza al jefe político. El comercio cerró sus establecimientos, luégo que se oyó el anuncio del cañón, y contribuyó á la solemnización del modo que pudo, disponiendo que fueran adornados los frentes de las casas en el día é iluminados por la noche; el gobierno del Estado costeó los gastos erogados por el Ayuntamiento. Santa-Anna salió de su hacienda del Encero el 11 de Abril.

"A su paso por Jalapa, fué recibido con demostraciones de aprecio y alegría, se pusieron por los indígenas, arcos en el espacio comprendido entre ambas garitas, siendo adornadas también éstas por una comisión nombrada para ello, y otra acompañó al Presidente desde *Los Asientos* hasta *La Lagunilla*, cerca de Cedeño, donde concluye la jurisdicción de la municipalidad de Jalapa, gastándose en dicha recepción \$110."

Esto, sin contar con las muestras de adhesión de los particulares, de los santa-annistas; muestras que llegaron á ser tales y en tan gran número, que un jalapeño para fustigarlas dijo:

"Este montón que veis de santa-annistas
Que con tanta ansia esperan á Santa-Anna,
Han de volverse todos monarquistas
Si un rey les sacia la ambición mañana.
¿Sabéis qué eran ayer? ¡Federalistas!
Y más serán si al oro le da gana;
Y los que adoran hoy á Don Antonio
Adorarán mañana á Don Demonio."

No pasó mucho tiempo para que se realiza-

ran las predicciones del desconocido vate, pero si lo que se decía en la octava antes trascrita, se realizó años más tarde, hubo algo que no fué predicho y que vamos á referir nosotros siquiera sea brevemente. En Orizaba se celebró inusitadamente la creación del dictador, en Jalapa hubo regocijos públicos el 13 de Junio por ser ese su *día onomástico*, y en Veracruz los ricos (Joaquín de Muñoz, Sebastián A. Bárcena, José Ignacio Esteva, Angel Las curain, José G. Monzabal, Pedro de Landero, Rafael de Arrillaga, Juan Cruzado, Cayetano Becerra, Francisco V. Cos, Adolfo Hegewsch, Pedro del Paso y Troncoso, M. González de Castilla, etc., etc.), el clero (fray José Cao-Romero, fray Cristóbal Noriega, fray Angel Castillo, etc.) y los empleados y los pobres que aspiraban á ocupar un puesto en la nobleza naciente (José F. Oropeza, Joaquín Rodal, Lucio Trejo, Juan de D. Arzamendi, etc., etc.); todos estos, decimos, se reunieron en *junta de notables* para secundar el acta de Guadalupe.

Hasta aquí las muestras de servilismo. Veamos ahora las despóticas, siquiera sea muy brevemente: en Jalapa se desterraba á Don Juan Soto; se organizaba por medio de una leva odiosa el reclutamiento del ejército y se declaraban, con perjuicio de la clase pobre, días festivos los domingos; en Orizaba se mataba el comercio con el estancamiento de tabaco, y en Veracruz, con pretextos baladíes, eran extraídos de sus hogares los ciudadanos probos y honrados como Don José Luélmo que murió en el destierro no obstante sus heroicos servicios durante la campaña contra los americanos; como D. Pablo Campos, Don Ramón Vicente Vila, Don Francisco Beiro, Don Timoteo Otero y otros muchos más que por el momento escapan á la memoria, sin contar á los muchos soldados y sargentos de la guardia nacional ó de las tropas federales que por una simple sospecha de desafección eran confinados á Tamulipas, á Campeche ó á Yucatán.

Hacíase necesario, pues, en tales momentos un hombre que absorbiese en su alma las aspiraciones de los oprimidos, que vengase los ultrajes cometidos al fuero humano y al fuero ciudadano, que volviese por el honor perdido; en una palabra, que demostrara á los ojos de la República entera, que en Veracruz no se había extinguido aún el aliento de los hombres de 32 y de 47. Mas para representar la revolución era preciso que el caudillo, que la iniciara tuviese á la vez la energía del que se alza contra un tirano y la sinceridad de un patriota; era preciso que fuese al mismo tiempo guerrero á la hora del combate y legislador en los instantes de paz; que así se compenetrase

con las necesidades del campo de batalla, como con los sagrados deberes de los gobernantes.

Un talento que abarcase el porvenir, que sorprendiera en él, á la manera de un vidente, todo el progreso futuro que se empeñaba en aherrajar el partido reaccionario; un hombre que hiciese de su protesta el grito del pueblo, era lo que el Estado de Veracruz necesitaba para sacudir el yugo del Presidente y su camarilla.

Ahora bien: ¿quién era el que se encontraba en mejor aptitud para responder á tantos anhelos? Éralo el que, nacido en épocas de combate, había sentido aereada su cuna por la pólvora y la metralla, el que había crecido en medio de las guerras intestinas, el que de joven había sentido en la soledad de sus estudios la necesidad de una reforma, el que á fuerza de comparar legislaciones había visto dónde estaban los defectos de la mexicana y dónde las excelcitudes de las extranjeras; y ese hombre, capaz de apreciar la abyección de sus contemporáneos y fuerte para despreciar el presente por soñar con el mañana, fué el Lic. D. Ignacio de la Llave.

A grandes rasgos hemos presentado la época en que vivió; tócanos ahora dar los cortos rasgos biográficos que nos ha sido posible reunir

VI

Corta es la biografía de la Llave. Su vida puede resumirse en dos partes: el estudio y la patria.

Nacido en Orizaba el 26 de Agosto de 1818, no bien se halló con fuerzas para entregarse á una educación profesional—ya se sabe cuántas dificultades tenía en ese entonces quien se dedicaba á estudios de interés y trascendencia—entró al Colegio Nacional de Orizaba, de allí pasó á México y terminó su carrera de abogado en 1841. Nada nos dicen los biógrafos así de sus años escolares como de los primeros en que ejerciera su abogacía. Para la historia comienza á figurar el año de 1844 en que por primera vez tomó las armas en contra de Santa-Anna. Acaso ya prevenía lo que sería después el vencedor de Barradas. Por no sabemos qué circunstancias especiales fué á dar á un cuerpo de voluntarios llamado *Defensores de las leyes*, y allí, cuando era aún teniente, alzó su voz y sedujo á sus compañeros para pronunciarse en contra de Santa-Anna.

Sigue á este hecho un largo lapso—once años—y el 15 de Julio de 1855 se le ve tomar de nuevo las armas en contra del Gobierno y proclamar en Orizaba el plan de Ayutla.

Sólo á un espíritu altamente liberal—liberalismo por cierto, conseguido en virtud de los

propios esfuerzos y casi casi por intuición— pudo haber ocurrido proclamar un plan de la naturaleza del de Ayutla en las circunstancias difícilísimas en que se encontraba México con el ominoso yugo de la dictadura.

En virtud del incremento inmenso que había tomado la revolución, S. A. se apresuró á abandonar la Capital y el 9 de Agosto salió de México con el pretexto ostensible de combatir á los revolucionarios de Veracruz, pero con el fin ya premeditado de partir de la República.

En tanto, el Lic. Llave se situaba en las alturas del Chiquihuite, después de haber penetrado á Coscomatepec y Huatusco, "cerrando así, como dice un historiador contemporáneo, el camino de Orizaba."

En unión del Lic. Llave lucharon por la libertad un *jarocho*, Altagracia Domínguez, que pospuso por patriotismo sus intereses á la causa nacional, el coronel Colombres que más tarde se hizo notar en la lucha contra los franceses, y muy especialmente en el 5 de Mayo de 1862, D. Fermín Núñez, que lo acompañó hasta su entrada en Veracruz, lo mismo que los anteriores, y D. Juan Serdi.

El dictador, obligado al fin por la fuerza de los acontecimientos, abandonó el país definitivamente, y ya, en virtud de la acefalía reinante, D. Carlos Oronoz citó en Jalapa á una junta y en ella leyó un plan, que tenía por objeto principal declarar gobernador interino á D. José María Pasquel. De efímeros resultados fué la reunión anterior porque en Orizaba otra junta semejante llamó al poder á D. Ignacio de la Llave. Orizaba pidió á Jalapa que se le uniese, ésta dió un baile donde se refundieron unos y otros partidarios; el Sr. Pasquel no admitió la postulación, y Córdoba, por medio de su Ayuntamiento, proclamó Gobernador al primero que tuvo en el Estado la audacia de ponerse enfrente de Santa-Anna, haciendo de paso algunas inculpaciones á los jalapeños por haber querido empujarse el brillo de la Llave.

En tal estado las cosas, el puerto reconoció la legitimidad del Gobierno del Gral. Carrera; pero aumentando la dificultad de la situación, D. Antonio Corona, general que se había puesto al frente del Departamento, renunció su puesto entrando á ocuparlo, admitida la renuncia, el de igual graduación D. José María Mendoza.

Después de los trastornos consiguientes á semejante cambio, y según la mente del plan de Ayutla, quedó encargado del mando el Sr. Llave; mando que se acentuó por la fuga, que no otro nombre merece la salida para Nueva Orleans, del coronel Pérez Gómez, y la de Corona en el vapor español "Ulloa," y la de los principales santa-annistas y carreristas, que,

abrigando una última esperanza, aun permanecían en el puerto.

Libre pues el campo, los patriotas de Veracruz llamaron á Llave para que apresurase el fin de los sucesos y éste, aceptando la nueva faz que se presentaba, salió con sus tropas rumbo á Veracruz.

La causa de los libres había triunfado. El pueblo veracruzano recibió á Llave como á un libertador y le rindió los homenajes que creyó dignos de él. Dijérase que volvía por el honor perdido cuando á Santa-Anna se le hizo creer que la ardiente recepción con que se le saludaba provenía del pueblo.

"La entrada de la Llave en Veracruz, cuenta el nunca bien sentido D. Miguel Lerdo, fué una verdadera fiesta cívica; y en el entusiasmo con que naturalmente el pueblo acoge las ideas de libertad, después de una larga época de opresión, se le hizo allí un recibimiento propio de un libertador. A las cuatro de la tarde llegó el tren que lo conducía por el ferrocarril á la estación principal, donde lo esperaba ya una comisión del Ayuntamiento, compuesta del alcalde primero, un síndico y un regidor, una inmensa reunión del pueblo y tres bandas de músicas militares, que comenzaron á tocar al aproximarse al tren, entre los estrepitosos vivas y aclamaciones del mismo pueblo. En seguida le leyó el alcalde primero una patriótica alocución, firmada por una comisión del pueblo, y después de recibir allí la Llave las primeras felicitaciones de las personas que se le acercaban, montó en una carretela dispuesta al efecto, donde lo esperaban tres niños, (1) dos de ellos con unas banderas en que se leían las palabras "VIVA EL LIBERTADOR LA LLAVE," y otro con una corona; entrando luego en la ciudad, precedido por una banda de música y acompañado por la multitud de gente que había salido á recibirlo. Al emprender su marcha la comitiva, desunció el pueblo los caballos de la carretela para tirarla por sí mismo, y de esa manera fué paseado la Llave por las principales calles en medio de los repiques de campanas, cohetes y aclamaciones que por todas partes se le prodigaban, siendo al fin conducido al palacio, donde lo esperaban el comandante general Mendoza y el resto del Ayuntamiento y tomando allí inmediatamente posesión del gobierno del Estado."

Pero esta recepción tumultuosa, desordenada si se quiere, era la fiesta del sentimiento popular desbordado; nacía á impulsos de hondos afectos y de legítimas esperanzas; era más bien un homenaje. La otra, la en que se festejó á

1 Hay aquí un error porque las que se hallaban en la carretela eran niñas; hija una de ellas de un pintor de apellido Morales, y viuda más tarde del exaltado Joaquín Villalobos. (N. del A.)

Santa-Anna, fué el resultado del deseo de medrar, del afán de hacerse simpático al nuevo gobernante; fué la adulación disfrazada con sonrisas y con frases de beneplácito. En ella, justo es consignarlo, no tomó parte el elemento popular.

V

Un nuevo período de 23 de Agosto de 1855, fecha en la cual fué proclamado gobernador del Estado de Veracruz el ya general de Brigada, á 17 de Enero de 1861 en que renunció el cargo de Secretario del Despacho de Gobernación, un nuevo período, decimos, se abre á los ojos del historiador. Durante este período el Sr. Llave, consecuente con sus ideas y con el partido á que se había afiliado implantó las reformas y aplicó castigos, que á su juicio eran necesarias.

Así, no bien entró al gobierno de su Estado, pone en vigor el arancel reformado por el Presidente Ceballos en Enero de 1853; publica un manifiesto desconociendo al Gobierno del General D. Martín Carrera; dispone que sean embargadas las propiedades de Santa-Anna; organiza la guardia nacional disuelta por el general Corona en Mayo de 1853; aprisiona á los militares culpables; se dirige al Cónsul mexicano en la Habana para impedir que sean vendidos los vapores que llevó Santa-Anna; establece una junta consultiva de los negocios y hace cesar las alcabalas que pagaban algunos efectos. Su programa era un credo democrático y liberal: "Se reorganizará la guardia nacional sin que el servicio sea gravoso para los ciudadanos; se protegerá la educación, se derogarán las contribuciones que perjudiquen á las clases pobres ó á la agricultura y el comercio; se atenderá al bien general del Estado y al particular de cada una de las poblaciones que lo componen."

Imposible dudarlo. Llave era de los hombres de Ayutla.

—Acepto el gobierno con el objeto de que no cundan la desunión y el mal ejemplo, manifestó ante sus conciudadanos que veían en él la salvación de Veracruz.

—Mi casa está abierta á toda hora para escuchar todas las quejas. . . .

Y como notase que no había concluido todo su pensamiento, agregó:

—Y no sólo las quejas, también los consejos.

Anécdotas sencillas que demuestran su temple y su modestia. El pueblo no se había equivocado. Podía sentirse tranquilo.

Empero la revolución no había cesado, y en tal virtud el Gral. Carrera se dirigió á todos los jefes que habían secundado el pronuncia-

miento de D. Florencio Villareal para que se reunieran en una convención que se celebraría en el pueblo de Dolores Hidalgo el 16 de Septiembre y á la cual también habían de concurrir los comisionados por el Gobierno. Ningún jefe atendió á la petición del Presidente. Sólo Llave, como si intentase dar una prueba de su ninguna ambición y deseo de paz, aceptó la proposición, explicando de paso por qué había desconocido al Gral. Carrera y que aceptaba esa proposición como si viniera de un ciudadano cualquiera, nó de una autoridad constituida.

Establecido el Gobierno de D. Juan Alvarez en Chilpancingo, sofocadas las revoluciones parciales por el avenimiento verificado entre Alvarez, Comonfort, Haro y Tamariz y Doblado, el país entró en una calma relativa, y pudieron irse haciendo efectivos algunos de los artículos del Plan de Ayutla.

El Sr. Llave, por medio de una circular, excitó á los demás gobernadores á que formaran un catálogo de las exacciones, atropellos y crímenes consumados durante la administración santa annista; expidió una ley para que se renovaran los Ayuntamientos; derogó la ley de 9 de Enero de 1854, aquella ley ridícula que estableció la capitación y el impuesto sobre puertas y ventanas; previno que se aprehendiera á los desertores; reglamentó la administración de Justicia y el número de tropas que debía tener el Estado; abrió las escuelas que fueron clausuradas el año de 1853, restableció la Junta Directiva de Instrucción Pública; instaló el Consejo de Gobierno, y finalmente, abolió la ley de imprenta dada por D. Teodosio Lares.

La pacificación pareció un hecho. A medida que pasaban los días se iban cumpliendo las promesas del plan de Ayutla, promesas de las cuales una fué la que más alborozó á los mexicanos: la convocación del Congreso Constituyente. México entraba á no dudarlo en el sendero del progreso.

Conforme al espíritu de la revolución, la Junta Constituyente de Veracruz formó el Estatuto Orgánico que fué sancionado por el Gobernador el 10 de Octubre de 1855; y este funcionario á su vez expidió la convocatoria para las elecciones que habían de verificarse el 14 del próximo Diciembre.

Satisfecho Llave por haber cumplido con lo que él estimaba su deber, renunció en Octubre al Gobierno de Veracruz. Ciudadano probo y honrado, después de haber llenado hasta donde pudo su misión, volvía gustoso á la oscuridad de que saliera.

Quedaron fallidas sus esperanzas. El Gral. Alvarez no aceptó la renuncia de su esclareci-